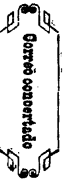


EL CASTELLANO



CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Calle de la Lechuga, núm. 13

Suscripción.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,15

Pago adelantado.

DE ARTE

La manifestación artística es de las más bellas entre las operaciones del hombre; y cuando esa manifestación está dentro de las leyes del bien, cuando se ajusta a las exigencias de la moral, entonces es cuando alcanza su belleza suprema, honra y dignifica al artista.

Pero no sólo el artista recibe el galardón, la fama y la honra de su obra, recibida también, en primer término, Dios, que como causa primera, inspiró al artista, y porque además toda belleza como tal y primariamente es representación de la belleza esencial, glorificando a Dios, no con gloria esencial, porque de ésta tiene Dios cuanto puede tener y El sólo puede darse, si no relativa, en cuanto nosotros le glorificamos.

Pero además de Dios y del artista, participan también del mérito y de la fama cuantos contribuyeron a la realización, hechura y conservación de la obra artística y del arte en general. Y en este sentido pocos pueblos pueden ostentar más legítimo orgullo que nuestra ciudad, la cual puede decirse que es un museo de arte.

Sólo que hay que confesar que no siempre corresponde con sus cuidados, intereses y deberes a la obligación que le impone la fama de que en el mundo goza, en lo referente a la conservación de sus joyas artísticas, dejando algunas veces bastante descuidada esta importante misión.

Prueba de ello es, según públicamente se ha dicho, lo ocurrido recientemente, mejor aún, lo que está ocurriendo con el Cristo de la Luz, donde parece ser que la restauración está labrando casi un nuevo edificio, rompiendo riquísimas tradiciones, amados recuerdos, interesantes comunicaciones de edades pasadas, unidas a la nuestra por el único lazo que pueden unirse muchas veces los pueblos; por sus monumentos, que son la historia viva y expresiva pagada de un historia.

Si así es, si como se dice, se cambia la manera de ser de tal edificio, ¿por qué aún, con los respetos debidos, no se eleva respetuosa protesta, ó se manifiesta de alguna manera el disgusto que Toledo ve la desahucada restauración, caso que así sea?

Otra prueba de nuestra apatía la dan los cuadros del Greco. Se habló de esto cuadro, de la exposición de perderlos, de si volvieran ó no y hasta de la desaparición ó confusión de algunos de ellos. Pudo suceder que esto fueran exageraciones y habladurías de las gentes; pero es lo cierto que la Diputación y alguna otra Autoridad intervino en el asunto y la cuestión se movió. Después todo ha vuelto a quedar en silencio y nadie se ocupa del asunto.

¿Está ya acordado que los cuadros vuelvan a su puesto? ¿Se sabe ya que son los mismos? ¿Se puede, en una palabra, satisfacer las justas ansias de muchos que desean saber qué hay de este asunto?

Pero hay otro hecho aún más importante que éstos, y es el relativo a nuestra Catedral. Todos sabemos, lo sabe toda España, más aún, lo sabe todo el mundo, porque ha publicado en todos los periódicos, que la Catedral necesita reparaciones de importancia, que su estado de conservación está delicado en algunas partes y ruinoso en otras, y sin embargo, aún estamos esperando por las deseadas obras, y éstas ni siquiera se sabe cuándo vendrán.

Por de pronto se declaró monumento nacional la Catedral, cosa que malísima la falta que hacía, puesto que esta declaración no la ha de hacer más nacional que es; pero la segunda parte, está es, la obligación de hacer las obras y de hacerlas con la necesaria urgencia, esto tarda y no sabemos cuando llegará.

Y esto lamentándose muy sensiblemente la misma conservación del edificio, no ya sólo en su parte arquitectónica, aunque muy importante capaz de reparaciones, sino hasta en su parte puramente artística, como sucede con el célebre techo de Jordán, expuesto a desaparecer, si no le asisten, como los tuberculosos, con las aguas del próximo otoño.

Y es que en Toledo hay apatía por estas

cosas, porque se desconoce su importancia, porque no se comprende el valor de las maravillas que encierra, porque, en una palabra, todavía para muchos de sus habitantes el arte es letra muerta.

Esto no debe continuar así, muy al contrario, mirando por nuestros más caros intereses, urge un movimiento amplio y eficaz en favor de nuestro tesoro artístico, fuente de riqueza y recuerdo estimadísimo de nuestros mayores.

La lucha de la vida.

V

La sucesión de las edades en el hombre no es más que una serie de sacrificios: la infancia, con su debilidad y con sus lágrimas, con su ignorancia y con sus pánicos, con su inconsciencia y sus instintos, cede, sucumbe y se sacrifica al advenimiento de la adolescencia; como ceden, sucumben y se sacrifican las últimas sombras de la noche ante las primeras tintas de la aurora.

La adolescencia con su vigor y su frescura, con sus alardes y sonrisas, con sus ilusiones y esperanzas, cede, sucumbe y se sacrifica al aparecer la juventud; como cede, sucumbe y se sacrifica la risueña perspectiva de la aurora al aparecer el disco refulgente del sol.

La juventud, con su robustez y con su barba, con su valor y con su fuego, con su tenacidad y sus pasiones, cede su puesto y se sacrifica al llegar la virilidad; como cede el suyo y se sacrifica la luz matutina, por enérgica que sea, ante la fuerza insuperable de la luz meridional.

La virilidad, con su madurez y con su juicio, con sus proyectos y ambiciones, con su poder y su dominio, con sus conquistas y sus glorias, también sucumbe y se sacrifica cuando llega el turno a la vejez; como sucumbe y se sacrifica toda la preponderancia del sol meridional ante la decadencia del ocaso.

Por fin, la vejez, con su frialdad y con sus cenizas, con su experiencia y sus consejos, con su avaricia y sus ahorros, cede, sucumbe y se sacrifica, por medio de la muerte corporal, ante la vida de la eternidad; como ceden, sucumben y se sacrifican los últimos raspiadores del sol paciente, por medio de la noche de un horizonte, ante los albores de un nuevo día que anochece en otro horizonte.

(Continuad.)

Telegrama importante.

Lo es el recibido por el Circolo Católico en contestación al que puso al Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Burdeos, felicitándole por su valor heroico defendiendo los derechos de la Iglesia, porque en él se demuestra que se abre una nueva era de mártires y que a la cabeza de estos se ponen los Prelados.

Copiamos a continuación dicho telegrama y a la vez llamamos la atención de nuestros lectores a cerca de los valientes versos que con este motivo ha escrito nuestro querido colaborador Sr. Montealegre:

«Sr. Cordovés.—Circolo Católico, Toledo.»

Os doy las gracias por vuestro amable y consolador telegrama. Saludo en vosotros a los dignos hijos de los heroicos Prelados cuyo recuerdo me evocáis. Yo pido a Dios con su bendición que os conserve tal cual os mostráis: *Sic stete in Domino*, y espero que me ayudaréis con vuestras oraciones a defender (no importa a costa de qué sacrificios) los derechos imprescriptibles de la Iglesia y de la conciencia cristiana. Burdeos 9 de Julio de 1908.

† P. Cardinal Andrieu, ARZOBISPO DE BURDEOS.

CAMINO DE LA VICTORIA.

El Cardenal Andrieu.

Desde que el vándalo a España entró por los Pirineos, de Francia siempre ha venido la barbarie a nuestro suelo.

De allí Calvino y Renán, Rousseau, Voltaire y Janesio, la peste enciclopedista, el regalismo soberbio, la zozobra liberal y hasta los bailes más feos; el teatro sin vergüenza, las modas de los sombreros, el escote y los encajes transparentes del infierno, por algo entre España y Francia puso Dios tan altos cerros. Mas hoy de allí soplan aires de libertad, ¡respiremos! que no toda está podrida, la patria de Clodoveo, de San Luis, de Juana de Arco, San Bernardo y Godofredo. Aún hay en Francia varones de ciencia y virtud modelos, noble progenie! de mártires, héroes sin par el ejemplo que frente a la iniquidad presentan desnudo el pecho para decir al tirano:

«Tu ley no es ley, pues, del pueblo, el bien común no procura, es laica del derecho que tiene Cristo a reinarse en las almas de que se dueña. Tu ley para mí no existe, por eso no la respeto.»

¿Qué más ha sido el valiente que así ha increpado al Gobierno anticristiano francés? ¡El Cardenal Andrieu! Gloria, pues, al noble anciano Arzobispo de Burdeos. Desde el Gironda hasta el Sena, desde el Jura al Pirineo, desde la Francia católica y con ella el mundo entero se ha estremecido de júbilo ante ese arranque del genio, y por todo es seguro que ha gozado Pio décimo admirando la entereza de su hermano el de Burdeos. Así fueron los Ambrosios, los Leandros, los Fulgencios, el insigne Oso de Córdoba, el Papa Gregorio séptimo y en fin, la piélagre innumerable de Prelados intemperantes batidores de la verdad; defensores del derecho que a todas las tiranías «non possumus, respondieron:

«¿Qué dirán ante este rasgo de valentía los necios, parálisis de Don Oso, los incorregibles neutros, los mentirosos miserables que ponen todo su empeño en no hostigar a la Iera, dándose por muy contentos si le pueden arrancar con mucha dulzura un pelo? Dirán que por el casullo del Prelado de Burdeos se va a la persecución, se va al martirio, al destierro.

¡Es verdad, pero después del Verdadero vique el Clefo S. Ortega Montealegre. Santa Cruz del Retamar, Julio 1908.

Erishna ó Eristna.

¿Quién será este personaje?—¡importantísimo saberlo.

Sabido es, carísimo lector, que de religión todo el mundo parece que se cree con derecho a discutir, y esto hasta tal punto, que si en las demás ramas del humano saber el profano tiene al menos la consideración y el respeto de no

discutir delante de sus respectivos representantes, en religión, por el contrario, ni aun esa consideración suele tenerse.

Por esta razón, lector carísimo, no será difícil que en el tren, paseo, tertulia ó coche encuentres en alguna de las discusiones que más ó menos espontáneamente se presentan (y no suelen ser las de religión las que menos) alguno de esos individuos que, creyéndose poco menos que «universales», no llegan a ser más que sabios de «violeta ó de éfmero brillo», como el que reduce en sus bien planchados puños y pechera.

Este tal (y los demás *ejusdem furfuris*) altisonante y campanudo, dándose eufático tono de arqueólogo, filólogo, filósofo ó humanista, etcétera... y que se complace como por sistema en llevar la contraria; si en la sustentada conversación de religión el adversario con sus contundentes razones le urge y apremia, saca los registros gordos que para tales casos reserva.

Eukonoe habla de los egipcios, de la Asiria, de los indios, de la China, de los brachmanes, de los vedas, Surrya-Siddanta, del Roumayana, del Ezur-Vedan y que se oye de cuantas otras cosas más, de *omni re scibili*, pretendiendo ahogar con tal amontonamiento de nombres la argumentación de su contradictor, y en la imposibilidad de hacerlo apela con aires de triunfo a su argumento Aquiles, pronunciando un nombre que él asegura que el argumento que contra el cristianismo de él se deduce, es irrefragable, como el tal nombre fuera la última palabra de la ciencia y como si tal argumentación significara «todo el mundo boca abajo».

«¿Que qué nombre es ese? oaro lector, digo que me interroga».

Es el que encabeza estas líneas: Erishna ó Eristna, como el tal nombre, y el argumento que contra el cristianismo envuelve quizá te sea completamente desconocido; quiero de ello darte cabal cuenta en cuanto mis humildes conocimientos alcancen.

¿Quién es Erishna? Veámoslo. El asunto por demás interesante, Erishna, por corrupción Eristna, es un célebre personaje de los fastos de la mitología india. Es el Apolo indio.

En las leyendas de dicho país se le representa como un Avatar ó Encarnación de la Divinidad.

A su nacimiento, unos coros de Devantas cantaron himnos de alabanzas mientras que los pastores rodeaban su cuna; era preciso ocultar su nacimiento al tirano Causa, a quien se había predicho que aquel niño causaría su perdición.

Esto huyó con sus padres más allá de las costas del Yamune, y durante algún tiempo vivió en la obscuridad; luego empezó su vida pública y se distinguió por su valor y la beneficencia; inmolaba a los tiranos y protegía a los pobres, lavaba los pies de los brahmas y predicaba la doctrina más perfecta, pero al cabo prevaleció la pujanza de sus enemigos, y según una tradición fue clavado a un árbol por una flecha, prediciendo antes de morir los males que sobrevendrían en el Cali-Yuga ó edad mala del mundo, treinta y seis años después de su muerte.

Discurso séptimo de los doce pronunciados en Roma por el doctorísimo Cardenal Wiseman.

Estos rasgos biográficos compendiosamente nos demuestran quién fue dicho personaje.

No habrá seguramente dejado extrañar al atento lector en estos rasgos; las coincidencias con el nacimiento, vida y muerte del Divino Salvador.

Los atentamente. La semejanza del nombre Erishna con el de Cristo, semejanza que aún se hace más patente en los derivados Eristianio ó Cristiano, Erismana (doctrina) Cristiana, la semejanza de doctrinas y la notable antigüedad antes de la venida de Cristo, en que se suponía haber vivido ese «Héroe divino», dió no poco que hacer a los filósofos del siglo XVIII, llegando algunos seducidos por esas semejanzas, a afirmar que Eristna y Cristo, eran un sólo y mismo personaje, y que de conceder la dualidad, habría de darse la prioridad al primero (Eristna), por la remota antigüedad en que vivió.

Véanse una y otra parte confirmadas. «Los nombres de Cristo y Erishna, dice Volney, (Ritines ó meditaciones sobre las revolu-